

**Carlos Algeri**

***El pasado es solo un adiós***

**Guión teatral**

**Expediente N° 941129 de la Dirección Nacional de Derecho de Autor**

**Queda prohibida cualquier tipo de reproducción o representación, parcial o total, del siguiente texto, sin la autorización expresa del autor. El incumplimiento de esta disposición será penado por la ley.**

## PERSONAJES

- **SANDRA MANSILLA** (45 años)
- **ALBERTO ESTÉVEZ** (45 años)
- **RUBÉN MARTINELLI** (45 años)

## Sinopsis

Veintiocho años después de su graduación en la escuela secundaria, SANDRA, ALBERTO y RUBÉN, camino a la reunión de egresados, deciden desertar a último momento. Los tres convergen en el mismo bar, con el fondo de una Buenos Aires azotada por un salvaje temporal. Entre la alegría por el reencuentro y la desconfianza por rencores del pasado, los tres irán desnudando anhelos, frustraciones y sinsabores que, en determinado punto, cruzarán sus vidas para siempre. SANDRA que rechazó durante toda la escuela las proposiciones de ALBERTO, se enterará que RUBÉN, un hombre con misteriosos acordes sentimentales, pasó los cinco años de secundaria enamorado de ella.

En medio de pujas y reproches, los ecos de un sórdido y fantasmal episodio resuenan veintiocho años después, mientras a unas cuerdas del bar es posible que el resto de la camada, entre alcohol y comida, se empeñe en presentar sus mejores ropas, mentir por convicción y ocultar su costado oscuro.

Seguramente sin saberlo, cuando decidieron faltar a la fiesta, SANDRA, ALBERTO y RUBÉN también eligieron, a los 45 años, pararse frente al espejo de la vida y soportar la imagen. O, por lo menos, eso parece. Porque uno de ellos guarda más de un secreto y el resto oculta unas cuántas cicatrices.

Alternando humor, drama, nostalgia y romanticismo, ***El pasado es solo un adiós*** es una comedia agrídulce, plagada de fotos rotas, ángeles caídos y sueños en combate.

## PRIMER ACTO

Escenario a oscuras. Se escucha el sonido de lluvia copiosa. Las luces se van encendiendo gradualmente. RUBÉN es el único cliente de un bar de barrio. Está sentado a una mesa, tomando un café y leyendo "La insoportable levedad del ser", de Milan Kundera. Se escuchan truenos. RUBÉN interrumpe la lectura y mira hacia el exterior unos segundos la lluvia incesante. Vuelve a la lectura. ALBERTO entra corriendo al bar chorreando agua. Termina de cerrar el paraguas en el interior del lugar. Se queda parado, como tomando aire. RUBÉN continúa leyendo. ALBERTO escurre su paraguas, mientras precipitada y torpemente, SANDRA entra al lugar, con el paraguas a medio cerrar y escurriendo agua por su impermeable. Se choca con ALBERTO.

SANDRA: Uy, perdón...

ALBERTO: No es nada...

ALBERTO la observa. SANDRA hace lo propio. Los dos sonrían sorprendidos.

ALBERTO: Mansilla...

SANDRA: Estévez, *con acento en la segunda e y z final*...

ALBERTO y SANDRA se abrazan largamente. RUBÉN observa y va ocultándose detrás del libro de Kundera.

ALBERTO y SANDRA se separan. Se miran frente a frente.

ALBERTO (Con ternura): ¿Dónde quedaron aquéllas pecas?

SANDRA (Sonríe): ¿Y qué fue de aquélla melena estilo Robert Plant?

ALBERTO: ¿Escuchaste hablar alguna vez de lo que el tiempo se llevó?

SANDRA: Últimamente, bastante a menudo...

ALBERTO y SANDRA ríen al unísono. Continúan parados frente a frente. RUBÉN va tapándose cada vez más la cara con el libro de Kundera y ya empieza a separar la silla con la intención de refugiarse debajo de la mesa.

ALBERTO (Se alisa la ropa y mira su reloj): Creí que a esta hora ibas a estar...

SANDRA (Lo interrumpe): En la reunión de ex alumnos...

ALBERTO (Duda): Sí... claro...

RUBÉN, detrás de ellos comienza a levantarse de la silla.

SANDRA: ¿Y vos? Yo te hacía allá a esta hora...

ALBERTO (Titubea): Era... la idea... pero... se me quedó el coche. La lluvia, ¿viste? Se debe haber mojado el distribuidor...

SANDRA: Sí, claro. Bueno... yo también entré para arreglarme un poco las mechas en el baño (juega graciosamente con su cabello).

ALBERTO (La mira con impostada lascivia): La verdad es que el pelo mojado no te queda nada mal...

SANDRA (Finge enojarse y lo toca con su paraguas en el estómago, simulando un golpe): ¡Vos no cambiás más!

ALBERTO: Ni me doy por vencido...

RUBÉN, ganado por el pánico de ser descubierto ya está de pie y se tapa el rostro con el libro; comienza a agacharse para ocultarse debajo de la mesa.

RUBÉN (Lee en voz baja, nervioso, como para ignorar lo que pasa a su alrededor): *“Todos los amigos de Franz sabían de Marie-Claude y todos sabían de su estudiante con grandes gafas. Pero de quien no sabían era de Sabina”.*

ALBERTO y SANDRA lo escuchan y giran sus miradas. RUBÉN está tratando de agacharse para refugiarse debajo de la mesa. Continúa leyendo. ALBERTO y SANDRA continúan escuchándolo. Lo miran.

RUBÉN: *“Franz se equivocaba al pensar que esposa hablaba de ella con sus amigas”.*

ALBERTO: ¿Ése no es...?

SANDRA (Sonríe): ¿Martinelli?... (Enfoca la mirada). Sí, es Martinelli...

ALBERTO y SANDRA se miran a los ojos, como si convocaran un código personal.

ALBERTO (Grita): ¡Piedra libre para Martinelli...!

SANDRA (También grita): ¡... que intenta esconderse debajo de la mesa!

RUBÉN finge no oír a ALBERTO y a SANDRA. Sentado debajo de la mesa, continúa leyendo ahora a grito pelado, en un absurdo intento por ignorar la realidad.

RUBÉN: *“Sabina era una mujer hermosa y...”*

ALBERTO Y SANDRA, en cuclillas frente a RUBÉN, esperan que aparte la vista del libro y los observe desde debajo de la mesa. RUBÉN los mira y permanece callado.

ALBERTO (Irónico): Siempre fuiste medio “rarito”, pero no imaginaba que leías debajo de la mesa...

SANDRA (Conciliadora): Pará, che... Veintiocho años sin vernos y ya lo gastás de entrada. Estévez, el tiempo se llevó algunas cosas, pero te dejó unas cuantas de tu versión original...

ALBERTO (Molesto): Era lógico que asumieras la defensa de tu “debilidad”...

RUBÉN intenta continuar con la lectura, aunque en un tono más íntimo.

RUBÉN: *“...Marie Claude no quería...”*

SANDRA le quita el libro de las manos a RUBÉN. Lo cierra, lo mira y luego le habla a RUBÉN, que se hace un ovillo debajo de la mesa. Está avergonzado.

SANDRA (Con dulzura): ¿Kundera podrá esperar?

RUBÉN mira a SANDRA y comienza a desovillar su cuerpo. ALBERTO guarda respetuoso silencio, sólo interrumpido por un trueno cercano.

RUBÉN: Imagino que no tendrá problemas, Mansilla. Sobre todo si es por una mujer más hermosa que Sabina, la de la novela...

SANDRA le extiende una mano a RUBÉN, quien la toma entre las suyas y la acaricia con delicadeza. ALBERTO observa la escena con una mirada en la que se adivinan sus celos.

SANDRA (Con voz seductora): Creo que si salís de tu escondite, podremos hablar mejor...

RUBÉN (Sonríe con complicidad): La culpa es de los truenos; todavía me asustan. Traumas infantiles no elaborados, seguramente...

RUBÉN se incorpora y SANDRA lo abraza con sentimiento. RUBÉN, sorprendido, tarda en rodear el cuerpo de ella y devolverle el abrazo. ALBERTO, entre molesto y desubicado por la situación, levanta la novela que quedó en el piso, se pone de pie y finge leerla, dándoles la espalda. RUBÉN y SANDRA se separan y se observan.

SANDRA: ¡Estás igual!

RUBÉN: Ves demasiada publicidad...

Delante de ellos, ALBERTO, para hacerse notar, continúa con la lectura de la novela.

ALBERTO (Sorprendido por lo que va leyendo): *“Él temía que los descubriesen y por eso nunca tuvo ningún cuadro suyo, ningún dibujo, ni siquiera una pequeña fotografía. De modo que desapareció de su vida sin dejar huella. No existían pruebas tangibles de que hubiera pasado con ella el mejor año de su vida”.*

Una mano de RUBÉN se posa en un hombro de ALBERTO, quien detiene la lectura.

RUBÉN: ¿Todavía seguís siendo goleador?

ALBERTO voltea, y se encuentra con la sonrisa de RUBÉN.

ALBERTO: Hace rato que el arco está cerrado para mí...

RUBÉN y ALBERTO se abrazan con recelo, como experimentando escozor con el contacto. SANDRA, que advierte la situación, decide cortar el hielo.

SANDRA: ¿Nos sentamos?

Los tres se acomodan en las sillas en torno de la mesa. Un silencio incómodo se apodera de la atmósfera. ALBERTO carraspea, RUBÉN tiene la mirada puesta en la mesa y SANDRA se acomoda nerviosamente su cabello.

SANDRA (Finge optimismo): Bueno, ¿todo bien?...

ALBERTO (Exagera): ¡Bárbaro!

RUBÉN (Tímidamente): Sí, en general, sí... ¿O te cuento?

Los tres ríen.

SANDRA: Si querés...

RUBÉN: La verdad es que lo último que esperaba era encontrarlos acá. ¿Sabían que Goyo Núñez organizó para hoy una cena con todos los ex alumnos de nuestra promoción? Acá cerca, a cuatro cuadras...

ALBERTO: Yo iba para ahí; se me quedó el coche por la lluvia a unas cuadras, la calle está inundada... Cuando se largó fuerte, me metí en el bar...

SANDRA: Yo entré para acomodarme un poco la facha antes de llegar a la reunión. Por acá hay pocos lugares públicos...

RUBÉN: Y... esto es barrio barrio; si buscás un shopping, vas muerta...

SANDRA: ¿Y a vos no te invitaron?

RUBÉN: Sí.

SANDRA y ALBERTO se miran intrigados.

SANDRA: ¿Y no vas a ir?

RUBÉN (Con furia en la mirada): No; lo mejor es estar lejos de cualquier cosa que organice ese hijo de puta. (Toma el libro de Kundera, lo abre al azar y como si fuera una libreta de apuntes simula escribir en él). Cuando me llamó me contó que desde hace diez años viene recopilando datos de todos los ex alumnos de nuestra promoción. ¡Como si le interesara de verdad la vida de cualquiera de nosotros!

SANDRA: A lo mejor, sí...

RUBÉN: Yo me di el gusto de mandarlo a la puta madre que lo remil parió...

ALBERTO (Sorprendido): No te conocía ese carácter, Martinelli...

RUBÉN (Sonríe): Claro, si yo era el boludo de la división, el "rarito", al que habían alquilado para colocarle con cinta skotch todos los carteles: "*Pegue que no duele*", "*Puto*"...

Se oye el estruendo de un trueno y los reflejos de los relámpagos se observan a través de una de las ventanas del bar.

RUBÉN (Mira a ALBERTO y le habla con voz intrigante): Hay tantas cosas que no conocés de mí...

Imprevistamente, ALBERTO saca un celular de un bolsillo, se pone de pie, atiende y comienza a caminar alardeando ante cada palabra.

ALBERTO: ¡Giménez! ¿Cómo anda? Sí... (Hace una pausa). Lo leí, sí, pero... mire, en este momento estoy yendo para una reunión con amigos. ¿Le parece si hablamos en dos semanas? Me gustaría releer su obra y de allí en más definiríamos el próximo paso. (Nueva pausa). Muy bien. Quedamos así, entonces, Giménez. Espero su llamado. Hasta luego.

ALBERTO cierra el celular, lo guarda en un bolsillo y vuelve a sentarse a la mesa.

SANDRA (Expectante): ¿En qué andás, Estévez *con acento en la segunda e y z final*? ¿Sos gerente de una multinacional, operador de bolsa, lavador de guita...?

ALBERTO (Sonríe teatralmente): No, che... ¿No se te ocurre que puedo tener un laburo decente? Soy editor en una consultora que trabaja para distintos sellos literarios.

RUBÉN: ¿Y desde cuándo ser editor es un trabajo decente?

SANDRA (Ríe): Sí, es verdad...

ALBERTO (Ofendido): No le encuentro la gracia. Diría que es un trabajo insalubre: hay que leer cada mamarracho... En cambio a vos (se dirige a RUBÉN) se te ve de diez: distendido, irónico, canchero. ¿Quién lo diría? Se nota que te va muy bien...

RUBÉN: Sí, la verdad es que no tengo de qué quejarme. Soy odontólogo, en 2000 compré a crédito un consultorio a todo trapo en Santa Fe y Ríobamba, y con la crisis de 2001 lo perdí antes de pagar la décima cuota. Me fundí. Los equipos odontológicos prácticamente los tuve que regalar; y eso que estaban casi nuevos... Durante los cinco años siguientes al cierre de mi consultorio laburé para pagar las deudas contraídas en dólares. (Hace una pausa e imita la alocución de un político). *“El que depositó dólares, tendrá dólares; el que depositó pesos, tendrá pesos...”* (Hace una pausa y golpea con fuerza sobre la mesa. SANDRA y ALBERTO se sobresaltan). ¡Y al que creyó en toda esa mierda, le rompieron el culo en mil pedazos!

Por la ventana del bar se observan nuevamente los efectos luminosos de los relámpagos.

RUBÉN (Baja la mirada; se tranquiliza): Disculpen...

SANDRA toma una de las manos de RUBÉN entre las suyas. La acaricia en silencio. ALBERTO saca nuevamente su celular de un bolsillo, juega nerviosamente con él y lo guarda.

RUBÉN (Mira a SANDRA y coloca su mano libre sobre las de ella): ¿Y vos? Contáme...

SANDRA (Suspira): Uff... A ver: soy psicóloga, 45 años, me casé cuando me recibí y mi matrimonio duró menos que mi paso por la Facultad. *“No sos vos, soy yo”*, el cuento de siempre cuando no tienen el coraje de decirte que te dejan por otra. Dos padres jubilados con la mínima, me quedé con las ganas de ser madre, trabajo en veinte clínicas diferentes para obras sociales y tengo tres pacientes particulares, uno de los cuales me debe un mes completo de sesiones porque se quedó sin laburo. *Hete aquí un resumen de la vida de la licenciada Sandra Mansilla para el noticiero de la noche.* (Se pone de pie y se inclina para saludar como una actriz al finalizar la función en el teatro).

ALBERTO (Serio): Y yo que me quejo...

RUBÉN (a ALBERTO): Deberías estar en el ágape de los triunfadores que, con la animación del inigualable Gregorio Núñez, actual Gerente General de Petro-Argentina S.A., estará comenzando a escuchar la prolija enumeración de los logros profesionales y personales de sus contertulios. Cargos, títulos, viajes por el mundo, fotos de hijos, maridos, esposas, amantes, éxitos por aquí y por allá. ¡Aprovechen mis amigos! ¡Aquí estamos los egresados de la Promoción 82 División B del Turno Mañana de la Escuela Nacional de Comercio Tomás Espora, conocida por el vulgo como el *Comercial de Temperley*, para comprobar lo bien que nos hemos preparado para el éxito en la vida en la escuela pública y gratuita, como para merecer este venturoso presente que, para no pecar de egoístas, venimos a compartir entre nosotros! Ni se les ocurra reparar en las arrugas, en los culos de ballena, en las panzas de sapo o en las peladas lustraditas y brillosas, que veinte años no es nada, pero nosotros los de entonces ya no somos los mismos, porque la única verdad es la realidad, y la realidad es que estamos más garcas y más cínicos, y siempre dispuestos a escuchar las desgracias ajenas para consolarnos de las propias, suspirando aliviados porque el que tenemos enfrente está más hecho mierda que nosotros, mi coche no es tan viejo como pensaba comparado con los del resto, y a lo mejor, en el intercambio final de teléfonos, algún polvito en deuda de hace dieciocho años por ahí termina saldando la cuenta, porque nada se pierde, todo se transforma, y en este país los únicos privilegiados son los ricos, a los que todo les está permitido sin que tengan que pedir permiso salvo a quienes son más ricos que ellos.

Llueve copiosamente. Las gotas golpean con fuerza sobre el techo del bar. RUBÉN se restrega la cara. SANDRA y ALBERTO se miran sin saber qué hacer o qué decir.

SANDRA: Por eso no fui...

RUBÉN y ALBERTO la miran sin entender.

SANDRA: Eso de entrar acá para arreglarme es verso; me bajé del bondi unas cuadras antes porque me dio un ataque de pánico o algo así. (Hace una pausa). Enfrente de la parada estaba este bar y crucé. Es la parte que faltaba en la síntesis de mi presentación...

ALBERTO vuelve a sacar el teléfono de su bolsillo se pone de pie, atiende y comienza a deambular nuevamente por el interior del bar, gesticulando ampulosamente.

ALBERTO: Funes, ¿qué dice? (...) Sí, yo desaconsejé la publicación de esa novela; déjeme que le explique... (Sale de escena por uno de los laterales).

RUBÉN: El celular de Estévez es tan raro como él: tiene un ring tone que no se escucha...

SANDRA: Lo tendrá puesto en vibrador... Además no te...

RUBÉN (Interrumpe y la toma suavemente de una mano): Me encanta volver a verte... Nunca supe qué había sido de vos...

SANDRA (Sorprendida): A mí también me gustó encontrarte, aún de esta manera un tanto... informal, digamos... leyendo en voz alta debajo de la mesa... (Sonríe y entrelaza sus manos con las de él). Igual, recién me diste un poco de miedo...

RUBÉN: Suele pasar cuando no ajustás cuentas con tu pasado... La aparición de esos estallidos, digo...

SANDRA: No imaginé que odiaras tanto a Goyo...

RUBÉN: Odiar no cuesta tanto; basta con tener un par de buenos motivos. ¿Recordás el altillo de la escuela, en el edificio viejo, esa parte que llamaban El Castillo?

SANDRA: Sí...

RUBÉN (Mira fijo un punto en el vacío): Una tarde hubo un alumno encerrado, al que dejaron desnudo y maniatado...

SANDRA comienza a recordar y baja la mirada.

RUBÉN: ...enchastrado con huevos y harina, desde el pelo hasta los dedos de los pies. Estuvo tres horas gritando y llorando hasta que lo escuchó un preceptor, mientras todo el colegio se cagaba de risa de él. Era tímido, introvertido, *mariquita* para algunos. Le pusieron quince amonestaciones por no delatar a los dos responsables de la *joda*, uno de los cuales tenía veinticuatro; una más y lo expulsaban... El otro tenía veinte; ¿creés que le habrían puesto menos de cinco? Y aunque todos sabían quienes fueron...

SANDRA (Interrumpe y se toma la cabeza): Goyo... Estévez...

RUBÉN: ...nadie dio nombres... Las quince amonestaciones fueron para la víctima...

ALBERTO reaparece hablando a los gritos por su celular.

ALBERTO: ...Ok nos hablamos; hasta luego... (Corta la comunicación y guarda el celular en un bolsillo) Disculpen, pero como ven no me dejan tranquilo ni a la noche. ¿En qué estábamos?

SANDRA (Molesta): Estévez, ¿por qué no apagás ese celular? Salvo que para vos no exista la vida sin ese aparato...

ALBERTO: Oíme, ¿qué te pasa? ¿Tu amiguito te contagió su neurastenia? ¿Qué culpa tengo yo que me llamen a toda hora? Es mi trabajo...

RUBÉN: Estarías mejor sentado a la mesa de celebridades de Gregorio Núñez y sus amigos triunfadores, que en este bar de mala muerte con dos profesionales de la salud venidos a menos...

ALBERTO: No conocía tus virtudes retóricas, Martinelli; podrías ser un buen novelista, pero no me endilgues el mote de triunfador. En lo que a mí respecta, Goyo se puede ir al carajo; además, estoy esperando que venga el auxilio para el auto. Con este temporal me dijeron que tienen dos horas de demora como mínimo.

RUBÉN: Sin embargo, Goyo y vos andaban juntos todo el tiempo...

ALBERTO (Vuelve a tomar asiento): Eso fue hace muchos años; el tiempo pasa, Martinelli...

RUBÉN: Los dos solían ensañarse con los más *débiles*: coscorriones, tocadas de culo, insultos, golpes. Diría que se llevaban muy bien...

ALBERTO (Nervioso): Las cosas muchas veces no fueron como las recordamos...

SANDRA mira en silencio a los dos. Se pone de pie y se acerca a la ventana del bar.

RUBÉN: Es verdad; pero algunas cosas son difíciles de olvidar, Estévez. Por ejemplo, que la mina más linda de la división, la que todos se querían levantar, nunca les dio bola a ninguno de los dos...

ALBERTO: No sé a dónde querés llegar...

RUBÉN: ¿Seguro?

SANDRA gira el cuerpo desde la ventana y les habla a los dos hombres.

SANDRA: El diluvio universal se abate sobre Buenos Aires y apenas cuatro cuabras separan a los triunfadores y a los fracasados de la Promoción 82 del Turno Mañana División B del *Comercial de Temperley*. (Hace una pausa y comienza a caminar hacia la mesa. Se apoya sensualmente sobre sus codos frente a los hombres y mira a ALBERTO). Estévez *con acento en la primera e y z final*, ¿vos para qué equipo jugás?

ALBERTO (Desvía la mirada): Para el de los que esperan el auxilio para el auto en medio de un temporal...

SANDRA se incorpora y comienza a caminar alrededor de la mesa. RUBÉN la observa sonriente. ALBERTO mira hacia la ventana que reproduce el efecto de los relámpagos.

SANDRA (Sonríe con malicia): Estévez sigue gambeteando con su reconocida habilidad; ahora que no hace goles, gambetea...

ALBERTO (Sin desviar la mirada, irónico): Te equivocaste de profesión, Mansilla; tendrías que buscar laburo en el diario "Olé". Para tu información, además, fui el goleador de nuestra división...

SANDRA: Salvo en el último partido; con el *Industrial*; el clásico, nada menos... ¿Te olvidás que fue toda la división a alentarlos? Perdíamos uno a cero en cancha de ellos y vos no acertabas una...

RUBÉN (Se pone de pie junto a ALBERTO y lo mira): ...hasta que, faltando dos minutos, el número cuatro del equipo, un laborioso y anónimo marcador de punta, se fue al ataque y tiró un centro que el goleador no alcanzó a cabecear. Hubo un rebote y desde afuera del área, el mismo jugador, el *cuatro* clavó un derechazo espectacular en el ángulo. Los del *Industrial* se querían matar. ¿Quién lo hizo?, preguntaban. El *cuatro*, respondió alguien con desdén. Ni el nombre sabía el tipo. Le dio una identidad numeral. El *cuatro*, dijo casi con desprecio. Todo el partido marcando al goleador, atento a sus movimientos, a sus saltos, a sus corridas, y viene *el cuatro*, ese ignoto, ese despreciable, a meter un zapatazo de otro planeta. Y después casi todo el equipo saltándole encima, abrazándolo, quitándolo violentamente de su anonimato, volviéndolo el centro del festejo; salvo esos dos que siempre andaban juntos y que lo miraban

con asombro y resignación: el arquero y el goleador, las dos estrellas apagadas en el partido más difícil. Ése que se empató con un gol del *cuatro* y que fue el último que jugó la Promoción 82 del Turno Mañana División B del *Comercial de Temperley*.

ALBERTO está callado. Mira un punto indefinido.

RUBÉN: Si me disculpan, en un minuto estoy con ustedes...

RUBÉN camina hacia el baño y sale de escena. SANDRA se sienta frente a ALBERTO.

SANDRA (Furiosa): ¡Me acabo de enterar que estuviste involucrado en lo del Castillo!

ALBERTO (A la defensiva): Fue hace casi treinta años... Si no lo mencionás, ni me acordaba de eso...

SANDRA (Piensa): Algo debía intuir, seguramente...

ALBERTO: ¿Quién? ¿De qué hablás?

SANDRA: De mí y de vos. Fanfarrón eras, pero debí intuir ese sadismo que creí que sólo era propiedad de tu amigo Goyo...

ALBERTO (Rencoroso): ¡Vos no me diste bola porque te gustaban los *maricas* como Martinelli! De mí podrás decir cualquier cosa, menos que no soy hombre...

SANDRA: ¿Por qué pensás que Rubén es gay?

ALBERTO: ¿Vos le conociste alguna mina durante la secundaria?

SANDRA: Eso no significa nada, Estévez; no seas simplista y primario.

ALBERTO: ¿Ves, ves? Yo soy *Estévez* y él, Rubén... Tu target es ése: melancólicos, apocados, y ligeramente aputonados...

SANDRA: Tengo una duda: ¿sos homofóbico o un gay reprimido? Parece que el tema te incomoda...

ALBERTO se pone de pie. Está furioso. No se decide a hablar.

ALBERTO (Observa a SANDRA): Te puede sonar a revancha, pero te veo y parecés una de esas minas a las que les hace falta un tipo... (Se interrumpe antes de terminar la frase).

SANDRA se pone de pie y lo enfrenta cara a cara.